



MUJERES NUESTRO TERRITORIO, NUESTRA HISTORIA

Selección de textos de ficción
escritos por las participantes del
Diplomado en Escritura Creativa

Editor: Juan Manuel Silva



Consejería
Cultural



La cultura
es de todos

Mincultura

PRÓLOGO

Desde tiempos inmemoriales una habilidad muy valorada en las sociedades ha sido la capacidad de socializar las circunstancias en las que viven tanto las personas como las comunidades, la de poder contar a otros cómo son sus relaciones, la de manifestar cómo habitan sus territorios, descubriendo sus dilemas existenciales, sus éxitos, sus dificultades y conflictos, así como sus sueños, anhelos y deseos más íntimos.

Al contar una historia retratamos los entresijos más delicados, hermosos y terribles de la cultura humana, nos identificamos con los dilemas y las decisiones que deben asumir los personajes y con ellos todos nosotros, los seres humanos, los que enfrentamos, ineluctablemente, los hitos esenciales de la vida, del amor y de la muerte.

Si bien las personas tienen capacidades culturales para narrar de manera oral, hoy, en un entorno que está alfabetizado, se requiere poder contar también por escrito estos relatos para dar un mayor alcance y perdurabilidad a las expresiones tanto individuales como sociales.

Convocados por la Fundación Carolina, el Ministerio de Cultura, la Embajada de España y la Pontificia Universidad Javeriana, se organizó un diplomado que propuso formar en escritura narrativa a un grupo de mujeres de diversas regiones del país. La Costa Atlántica, la Costa Pacífica y algunas zonas del centro del país se conjuntaron para la realización de este ejercicio. Con un equipo docente en el que estuvieron Angélica Pumarejo y Gabriel Pabón junto con quien es-

cribe. La labor con el grupo de trabajo conformado con las becarias no pudo ser más exitosa. Esta recopilación es una prueba de ello, al igual que otro ejercicio paralelo de escritura, uno que se realizó de manera espontánea para presentar los textos de las participantes en un evento que, además, se publicó digitalmente con la gestión de estudiantes y profesores.

Mostrar lo que se escribe ha sido uno de los propósitos básicos del curso de formación que se emprendió. La escritura de este proyecto se hizo de una manera responsable, construyendo procesos de apropiación y revisión de los textos, primero en la intimidad del grupo y luego proponiéndose la presentación pública de las historias recreadas. Formar escritores o ayudar a formarlos es una tarea que sensibiliza a las comunidades y a sus miembros en la lectura.

Empoderar escritores es a su vez motivar lectores y viceversa. No solo se requieren campañas de lectura, también se necesitan campañas que apoyen a las nacientes escritoras y a todos los escritores colombianos, tanto niños como adultos.

Colombia requiere valorar cada vez más el acto social de escribir y leer sus propias historias, al igual o en mayor proporción que el acto de promocionar la lectura de relatos universales. Este es uno de los retos implícitos de nuestra cultura. La tarea se encuentra en curso, requiere de diferentes y numerosas experiencias. La que presentamos hoy es un pequeño avance en una actividad de importancia para la sociedad, una que evidencia cada vez más la ejecución de proyectos con actores institucionales y privados comprometidos con este tipo de labor.

Todas las participantes de esta recopilación de textos son profesionales y la gran mayoría está trabajando con sus comunidades, tanto

en lugares apartados como en ciudades y poblaciones intermedias. En esta experiencia se palpita la presencia de la Colombia profunda, como lo afirmó una de las becarias y a la vez, diría, también en ellas se percibe sin duda la presencia activa de la modernidad ciudadana.

Mujeres empoderadas, la gran mayoría se desempeña en trabajos con las comunidades, ya, desde la educación, ya desde las experiencias comunitarias y artísticas o desde profesiones que buscan resolver las necesidades de grupos y de individuos.

El arte es un modo de vida en las regiones. La música, la danza, el canto, el teatro, la narración oral y, especialmente, la poesía, estuvieron presentes con ellas en este laboratorio creativo en el que se experimentó en la producción de textos desde varias perspectivas: las vivencias personales, los relatos testimoniales, las crónicas y las historias de ficción, estos géneros hicieron su presencia en los diversos ejercicios escritos realizados.

Sus visiones de mundo, entremezcladas, distintas, nos permitieron ir tejiendo esta recopilación en la que existen novedades temáticas y sobre todo maravillosas expresiones de la cultura popular. La riqueza de la diversidad se evidencia en los trabajos de ficción que se escogieron, si bien también se seleccionó un texto del módulo en el que se trabajaron testimonios y crónicas.

Este texto evidencia el valor y la importancia para la sociedad colombiana de visibilizar de una forma cada vez más plena y contundente la narrativa escrita por mujeres. Una parte significativa de las participantes, pese a sus otras experiencias artísticas y creativas, no tenía mayores antecedentes en la escritura de historias. Luego de algunas vacilaciones, de comenzar a perder el miedo a exponer de manera pública sus textos, se soltaron a escribir con una calidad

que deja entrever que tienen una voz propia y que podrán seguir escribiendo, contando historias, no solo para apoyar sus trabajos como profesionales sino para hallar un nicho en el corazón de lectores que lean por placer.

A Colombia como país le urge leer cada vez más a sus escritores, leerlos como verdaderos autores que retratan de una manera universal y significativa la vida humana, sus conflictos y los caminos que toman sus actores. Siempre se ha dicho que la literatura es complicidad, que todo arte requiere de la disposición de las audiencias. Las campañas de lectura necesitan de las narrativas locales y nacionales, de sinergias y complicidades entre lectores y escritores que se sientan unidos en esa búsqueda por encontrar y explicar la vida.

Las escritoras que conoceremos a continuación son un ejemplo de ello, sus voces son genuinas y nos muestran una vez más la importancia y el lugar de las mujeres en la sociedad. Presentándonos, además, en cada caso, su especial manera de contar el mundo.

Juan Manuel Silva

HURACAN, 1940

Mi abuela, en una tarde de torrencial aguacero empezó su trabajo de parto, era el primero de sus hijos. Con desespero llamó a su hermana menor, Wilva, para que la acompañara, le dijo busca de prisa la partera, no voy a parir aquí sola. La brisa del huracán arreciaba, golpeaba fuertemente. La casa de madera, parecía caerse a pedazos. Mi abuela, sola en la habitación, miraba a través de la ventana y veía como la lluvia se confundía con el mar, era como una bola de agua que se iluminaba con los relámpagos y el eco de los truenos estremecía su fuerte dolor pélvico. Mi abuela no tenía dinero para ir al hospital, el abuelo había partido hacia seis meses a Nueva York en un barco carguero, ella pensaba que él al regresar traería lo suficiente para solventar todo lo que el parto generara.



Nacha Newball Jiménez

Muy pronto el agua empezó a subir de nivel y el mar empezó a inundar las casas con un ímpetu atrevido. Mi abuela, trataba de mantener la calma implorando a Dios que viniera alguien a ayudarla. Mi tía, de regreso con la partera, entra a la pequeña habitación como alma que lleva el diablo, ella en medio del dolor le dice a mi tía que ha tardado mucho en regresar.

La abuela, mujer pausada, señala a la partera que ha nacido el niño, con voz suave y adolorida le indica que cuidado coge un frío, que lo limpie bien, que ya le ha cortado el cordón umbilical, que hay que envolver la placenta en una toalla. En un ritual, la partera limpia y

organiza al recién nacido de manera rápida, todos en la casa han salido a prisa para evitar ser llevados por la corriente, van camino a la Iglesia en la montaña. La casa de madera, por la brisa a dicho adiós a sus tejados, todo está lleno de agua, agua que viene de la lluvia y agua que corre por la corriente de los arroyos. El agua se va sintiendo en sus pies y va creciendo en altura, se están inundando, todo parece un pequeño caos. La partera envuelve al recién nacido en un trapo viejo y limpio y sin mediar palabra las tres mujeres salen de la casa que está a punto de colapsar. La abuela le dice a mi tía que deben correr a la Iglesia Bautista, es el lugar donde siempre se albergan. Al salir encuentran a su paso una especie de arroyo que lleva consigo todo lo que ha encontrado palos, animales, colchones, bicicletas y otras cosas que arrastra la corriente en su cauce.

La prisa por llegar, la incertidumbre por estar a salvo y el miedo va cobrando en las fuerzas de las tres mujeres, que en medio de la lluvia guerrean por sus vidas. El huracán no da respiro, el agua ha subido tanto de nivel que llega a la cintura, prácticamente nadan hacia la iglesia que está en un lugar alto de la isla. Mi abuela, grita desesperada por su bebé, al cual no logra divisar por la densa lluvia. En un momento, la partera es arrastrada por la corriente, es golpeada por palos de madera que van en la desordenada cadena de agua que viene de la montaña. La abuela grita angustiada a mi tía, que va nadando como loca contra la corriente. Mi abuela se apega a un árbol para esperar que la partera se incorpore nuevamente a la batalla por llegar al lugar donde están albergados todos los habitantes del sector. Al llegar al árbol, la partera viene desconsolada, mi abuela al mirarla sabe que ha perdido al bebé en medio del caudal del arroyo.

Las dos, se abrazan y con las pocas fuerzas que tienen, una por su vejez y otra por su esfuerzo al acabar de parir, van andando. Mi abuela llora, le dice a la partera que ha perdido su hijo. La partera no sabe

qué decir, solo mira hacia el suelo y lucha por caminar hasta llegar a un lugar seguro. Las dos mujeres van mojadas, con el peso del dolor a cuestas.

Al entrar, la calidez del lugar contrasta con la angustia latente. Mi abuela busca desesperadamente a la tía Wilva, tiene en su rostro un dolor evidente, no solo físico, lleva en el alma el dolor de la pérdida. La abuela divisa a mi tía, la toma por la espalda y nota un pequeño bulto en sus brazos del cual sale un fuerte llanto.

TE VIENEN SIGUIENDO

Como cada sábado don Eusebio se dirigió al bar, era un atardecer nublado en el mes de octubre y la silla en la que se sentaba aguardaba por el calor del paño de su pantalón, como pedro por su casa, entro para sentarse en el mismo lugar de siempre y el mesero le sirvió como de costumbre el vaso de agua y la copa de aguardiente, al fondo vio a los otros jugar el billar.



Juliana Giraldo Madrid

Hacía mucho que nadie lo esperaba en casa, Eusebio sabía ya torear muy bien la soledad, pero desde que se sentó esa tarde en el bar de siempre sintió un aire extraño, al terminar su tercer trago preguntó al bartender si había algo diferente, talvez si había cambiado de luces, parece más oscuro aquí, dijo. Todo está igual, respondió, aunque dicen que mañana caerá una tormenta, ¿le sirvo otro?

Después de unos cuantos tragos, se puso en marcha para regresar a casa antes de la media noche, seguía complaciendo a su difunta esposa, quien le decía que no se dejara coger del sereno. Como empezó a llover y Eusebio no traía sombrilla, trató de taparse caminando por los bordes de las casas, casi de inmediato sintió como una mano puesta en su hombro y miró hacia atrás, no había nada, nadie.

Siguió caminando, sus piernas se deslizaban casi inadvertidamente por las calles que transitó tantas veces durante años, pero esta vez sintiendo que alguien lo seguía hizo que se detuviera cada tanto para

asegurarse que no lo venían persiguiendo. El pueblo era tranquilo y el viejo nunca sintió miedo de caminar solo en la noche, pero esa noche no era como las otras noches. Comenzó a sentirse intranquilo.

El cielo fantasmal dibujaba espeluznantes formas de nubes, los pasos que sentía detrás lo envolvían en una atmosfera agitada, aligeró su andar para llegar pronto a casa. Doblando la esquina sintió un viento frío que le sopló la cara, y no pudo recordar una noche tan oscura como esa, ni las calles tan solas.

Llegó a casa y de golpe sintió un alivio. Puso su sombrero en el perchero, las llaves en la mesa, caminó hasta la cama y cerró sus ojos sintiendo como lo abrazaba la manta con la que se cobijó. Al día siguiente llegó la tormenta como habían pronosticado, y aunque Eusebio nunca más volvió a abrir sus ojos, quizás la haya sentido venir.

LAS MUJERES ESCAPISTAS DE GETSEMANÍ

Dora Isabel Berdugo Iriarte

Roquelina Romero, mi tía favorita, era la comandante de un grupo de mujeres contrabandistas, que vivían en el barrio de Getsemaní en Cartagena de Indias. Ella y sus hermanas fueron libertarias y empoderadas, no se consideraban feministas, pero su valentía y defensa de sus derechos como mujer haría ver como tontas a muchas mujeres hoy, que se hacen llamar de esta manera. Cuando Roquelina y sus hermanas vieron que Cartagena iba en picada y que su barrio sería vendido a la estupidez decidieron marcharse. Se dice, se cree, no me consta, que se quedaron en Panamá, pero algunos decían que se fueron a buscar sus raíces al África y otros dicen que se fueron Ibiza. Yo, en cambio, me repetía, no lo creo, ellas ante todo son moralistas y ese lugar tan libertino les resultaría invivible.

A Roquelina Romero y a mis otras tías, le siguieron sus sobrinas, Paulina, Yolanda y Victoria, quienes desaparecieron sin dejar rastro. Paulina era una mujer de un cuerpo perfecto, piel morena y con un ojito medio caído que la hacía ver muy atractiva e interesante, todos los muchachos querían con ella, pero a ningún hombre ni a mujer les hizo venia, no quería amantes, ni novios ni marido. Siempre decía.

—Un día de estos me voy.

Por eso, el día que no llegó a su casa, nadie denunció el hecho, no la buscaron y hasta el sol de hoy, estoy seguro que nadie da en Getsemaní razón de ella.

Victoria por su parte, era de una ternura y candidez que asustaban, bailaba con unos pantaloncitos calientes que se le divisaba la punta de la nalga y unos barriga fuera que parecían sostenes; pero eso sí, no dejaba que nadie la tocara al bailar. Un día llegó a su casa hizo su maleta y al salir entró al cuarto de su madre y le dijo que se iba, la madre le preguntó que para donde y ella le respondió que no sabía, pero que de todos modos no volvería más y así lo hizo, tampoco la buscaron, ni se extrañaron de su partida.

La cosa con Yolanda es muy curiosa, porque además de viajera era mentirosa y con ella no se sabía nunca que iba a pasar. Recuerdo que una vez me la encontré en la Guajira y me abrazó, me invitó a cenar, tomamos trago casi hasta reventar, yo no podía sostener la cabeza y ella rectita, bien puesta y sobria, al parecer me dió vodka puro y ella



tomó agua todo el tiempo, no sé qué intención tenía con eso, pero al despedirse, me regaló unas buenas lucas y me dijo:

—Negro no le digas a nadie que me viste, esto no ha pasado. Yo por mi parte, si te vi no me acuerdo.

—Pero dime dónde vas.

—A Caracas.

No le creí e hice bien. La vi subirse al bus que partía a Venezuela, con una rapidez que me sorprendió. Yo me quedé esperando que arrancara aquel vehículo y las lágrimas corrieron haciendo un túnel en mi cara. Quise detener el bus, pero preferí seguirla desde lejos. Con la plata que me dió, contraté un taxi y cuando el bus iba su curso a Venezuela paró en la nada y Yolanda se bajó, se montó en un camión y este la dejó en una ranhería en medio del desierto.

Yo me bajé como pude, en medio de mi borrachera y despedí el taxi. La seguí hasta una ranhería. Ahí encontré a mis tías y a mis primas felices de la pelota en una fiesta de chivo, ron y emparejadas con sus respectivos indios. Cuando me vieron ni se inmutaron, me dijeron que sabían que llegaría, tarde que temprano y de hecho me estaban esperando. No lo podía creer, que felicidad, al fin sabía dónde estaban mis tías y mis primas a esa alegría le sobrevino el desencanto y la impotencia. Hace mucho se me pasó la pea y no tengo cómo regresar, hasta hoy, no sé dónde me encuentro, pero sigo viviendo con estas mujeres escapistas de Getsemaní y ni siquiera sé si estoy vivo aún.

ACCIDENTE

Conversare contigo más tarde, le dijo Andrés a las 7:08 de la mañana a Juana después de dar el saludo de buenos días y preguntarle si había descansado esa noche?... así se pasó el día Juana, esperando la llamada, miraba su teléfono cada tiempo y lo veía en línea cada vez que observaba la pantalla. Se alejaba de su teléfono de nuevo y se ocupaba frente a su laptop redactando los informes de sus trabajos, media hora después regresaba de nuevo al teléfono. No había mensajes de Andrés aunque permanecía en línea. Juana respondía a los mensajes de trabajo, familia y amigos, pero seguía ansiosa esperando la llamada. Se hicieron las 10 de la mañana y se fue por un café, salió de la oficina, y dejó sobre su escritorio el teléfono, camino hasta llegar al final del pasillo hasta la greca, tomó un vaso de cartón y sirvió su café, se dirigió al balcón, prendió un cigarrillo y mirando al cielo dijo... que mierda es esto? Boto su cigarrillo y lo piso para apagarlo, dejó el café el muro del balcón y camino de nuevo a su oficina. 10:10 de la mañana. Se sienta en su silla frente a su escritorio y de nuevo revisa su teléfono, no hay llamadas. Tampoco mensajes. Sigue escribiendo en su laptop y 5 minutos después, llega su asistente y le anuncia que el jefe la espera en su oficina, ella toma su teléfono y su agenda camino a la oficina de su jefe, cuando hace un tras pie y se va al piso, su celular se cae y ella se fractura su tobillo, llaman al paramédico y terminan trasladándola a la clínica, ella angustiada por hablar con Andrés, no se ve afectada por el dolor de su fractura, aunque se queja un poco y le dice a su amiga Camila que la acompaña en la



Fátima Prado Solarte

ambulancia, que es importante hablar con Andrés, porque él tiene un vuelo esa noche y se va del país por un año.

Al llegar a la clínica es valorada por los médicos quienes deciden trasladarla a quirófano, para operar su tobillo. 13:03 de la tarde, Juana le pide a Camila que le consiga otro teléfono para poder comunicarse con Andrés, Son las 16:40 de la tarde y Camila está a la espera que Juana salga de recuperación y que llegue el mensajero con un teléfono de reposición, para comunicarse con Andrés... su vuelo está programado a las 19:20 horas, en ese instante anuncian por el alta voz de la clínica, que pase el acompañante de Juana ...y Camila no quiere entrar pues aún no ha podido solucionar lo del teléfono a su amiga. Aparece el mensajero con el teléfono y Camila lo recibe y le agradece, entra a donde esta Juana, son las 17:11 de la tarde, rápidamente maniobra el teléfono y se lo entrega a Juana, para sacar la simcard y oh sorpresa, el teléfono de reposición es de los antiguos y no es posible poner su simcard, al percatarse lo arroja al piso... y exclama, nada que hacer.

Camila y Juana salen de la Clínica 18:42 de la tarde, al apartamento de Juana. Mientras Andrés va rumbo al aeropuerto, él asume que Juana no quiere hablar con él (su romance intempestivo y fugaz de ese fin de semana, era anhelado por ellos desde que se conocieron). Andrés ha llamado 3 veces a Juana a las 13:40, 15: 32 y 17:20 de la tarde, al escuchar reiteradamente el buzón de voz, asume que Juana le apago el teléfono y decide dejarle un mensaje, diciéndole, que para él no fue algo pasajero, pero que entiende que ella no quiera hablar, que va rumbo al aeropuerto y que espera volverla a contactar cuando regrese de su viaje.

Juana por su parte, se dedica a su recuperación; ajena al mensaje de voz que dejo Andrés ese día del accidente, decide olvidarse de

esa línea de teléfono y pide adquirir un nuevo número, Camila por su parte recibe una llamada de Alberto el ex de Juana y le cuenta lo del accidente. Evento que aprovecho Alberto, para cuidarla y pedirle otra oportunidad, finalmente regresan. Juana está embarazada de Andrés y se entera de su embarazo un mes después y le pide a Camila no cuente de su romance de fin de semana a Alberto, quien ha sido su pareja de 5 años y con quien estuvo distanciada un mes, Alberto asumió el papel feliz de papá. Solo Camila y Juana saben la verdad del embarazo y ahora ustedes.

FETICHE

A plástico... a caucho de muñeca nueva huele el semen, mezclado con la hediondez de sudor, saliva y sangre. Pero el olfato se distrae ante la experiencia del tacto, la piel que es una y toda se sumerge en la fangosidad de los vientres. Parece que mi cabeza pierde su lugar, el exterior son luces fundidas y ecos distantes, tal como en las profundidades de una piscina acuosa de consistencia semisólida. Somos un cuerpo sin forma, sin comienzo ni fin. ¿Dónde termina el cuerpo que me contiene? ¿Qué me penetra?, ¿dónde se ubica el perímetro de mis muslos? Siento ser una masa amorfa unificada con él.



*Nathalie Guerrero
Insuasti*

Me extraigo, lenta y pausadamente levanto mí dorso de su pecho, arrastro mi cabeza y logro erguir mi cuerpo. Mi unitario y reducido yo. Abro los ojos, estoy viendo el techo, suficientemente despierta para levantarme sin ver al hombre sobre la sábana, debajo de mí.

Ya en el baño, el agua me recuerda la consistencia de ese cuerpo que es mío, que resbala la saliva, el sudor y mis fluidos. La imagen sucia y babosa que se cuela en el sifón es extrañamente contrastable con la belleza del placer que me habita.

Me envuelvo una toalla, y con la sobriedad forzada por el agua fría, vuelvo a la habitación.

En la cama hay un niño en posición fetal, de enormes proporciones, con su pulgar en la boca y rostro de desamparo. Siempre terminan igual, me gusta este momento en que descuidan su poderosa imagen. La primera vez que la vi yo cursaba mi adolescencia y me asusté. Luego comprendí el placer de dominar al dominador.

Entonces, ya no he tenido remedio, con los años se afina la estrategia para consumir mí placer. No importa la edad o el poder que ostenten los hombres, ellos no me ven venir porque están demasiado confiados en su omnipotencia, tampoco a mí me interesa que lo noten, dejo que jueguen al cazador, me hago desear, como dicen las abuelas, les doy un poco de tiempo; bastante en realidad. Se requiere paciencia, hay que retener el deseo, entablar una amistad, y ratificar su idea de mí ingenuidad e inocencia, hasta encontrar el punto en que se develen humanos, expongan su fragilidad: un amor no consumado, una madre ausente o pérdida, un fracaso oculto. En los hombres más entrados en años, es frecuente el miedo negado a perder su virilidad o el simple cansancio de ser autoridad. Ahí es cuando se los atrapa; pero con humor, como ignorando qué sucede, sin que sientan amenaza, más bien se juega a la madre que consuela en su seno el dolor que alimenta su vacío, y que luego los acoge en su cálido vientre, para finalmente ser escupidos al sórdido mundo. Allí quedan, como este, ahora enroscados en su propia miseria.

—¿Jefe, está bien? —le pregunto.

Despierta perturbado, y mientras se incorpora, dice:

—Por supuesto —me responde engrosando la voz.

Continúo vistiéndome. Él hace lo mismo, un poco más lento.

—Término y abro la puerta para salir.
—¡Niña! —alcanza a gritarme. Regreso la mirada.
—Gracias —dice en casi sollozo.
—Abro mi bolso y dejo sobre la almohada la mitad del costo de la habitación.

EL NIÑO CARA DE GATO

El pueblo se convulsionó esa mañana cuando nací. Todos los vecinos murmuraban sobre el aspecto de mi rostro. Decían que tenía cara de gato. Yo, un niño de aspecto animalezco, ojos verdes, achinados, pecas color café y orejas puntiagudas, hacían meritorio el sobrenombre de Cara de Gato.



Betty M.
Cuadrado Hernández

Todos sentían curiosidad por conocerme. Los medios de comunicación, locales y nacionales acechaban en las puertas y ventanas de mi casa para hablar con mis padres y tomarme fotos. Era la sensación del momento. Yo era un bebé que no sabía lo que pasaba.

A medida que fui creciendo, las preguntas venían a mi mente. Me iba dando cuenta que era un niño diferente a los demás. Mis hermanos si iban a la escuela y jugaban con amigos. Yo fui educado en casa. Mi familia siempre quiso lo mejor para mí, me querían proteger de las bur-las y la curiosidad de las demás personas. mi vida era confusa y vacía.

La mañana en que cumplí quince años de edad, decidí dar un giro. Debía investigar el porqué de mi apariencia. Mis hermanos son normales, ellos salen a todas partes sin ninguna clase de problemas, pero a mí me mantenían encerrado.

Para solucionarlo ideé un plan. Lo primero era preguntarle a mis padres y lo hice. Mamá me dijo que en la casa había un gato, y que se

acostaba en las camas, cuando estaba embarazada de mí, se tragó muchos pelos de gato y esa era la causa de mi aspecto.

Cuando le pregunté a papá, me contestó con una contra pregunta:

—Qué fue lo que te dijo mamá? —le conté.

—Bueno, jeso es!

Yo no podía creer lo que me decían, no tenía lógica.

Decidí aventurarme a encontrar las respuestas de mis interrogantes.

Alisté mi mochila: un saco de lana para el frio, pasamontañas, guantes, un par de calzones, una gorra, gafas oscuras y algo para el aseo personal. ¡De seguro nadie podría ver mi rostro!

Comencé mi recorrido por los pueblos cercanos, preguntándole a la gente y observando sus características físicas, su modo de vida, a ver si se parecían a mí.

La gente me miraba con extrañeza, no sabía si era por la ropa que usaba o si habían visto algunos de mis bigotes que, de vez en cuando, se asomaban, sin quererlo.

Cierto día, después de haber caminado muchos pueblos y veredas sin conseguir nada, le pregunte a un transeúnte que si conocía a alguna persona que tuviera cara de gato en esa comunidad y me dijo que sí, que era una anciana que vivía al pie de una montaña cercana, pero que tuviera mucho cuidado porque la gente decía que ella practicaba la brujería y que era peligrosa.

No me importó. Asumí el reto. Quería saber mis orígenes, necesitaba encontrar a esa persona. A lo mejor era mi pariente.

Cuando llegué al lugar, me sorprendí con lo que encontré: era una casa de bareque, amplia y vacía. En el centro, una anciana sentada en una mecedora, y en sus piernas un lindo gato blanco. Ella, flaca, huesuda, pelo cano, manos arrugadas, y además, estaba ciega. No era peligrosa.

La saludé con amabilidad y le mentí sobre mi presencia en su hogar ya que me di cuenta de que no tenía cara de gato, más bien de cabra. Cuando se despidió de mí, emitió un balido que me hizo salir a toda prisa. ¡No podía creerlo!

Seguí caminando de pueblo en pueblo, de vereda en vereda, y nada. No pude encontrar la respuesta a ese gran interrogante que me presionaba el corazón. Me sentía cansado.

Una mañana, me dirigía al pueblo número 150 que visitaba, cuando, ¡oh, sorpresa!, encontré a muchas personas con caras de diferentes animales. De perro, cerdo, gorila, caballo, elefante y hasta de jirafa. Todos vivían felices, los niños y niñas iban a la escuela, sin ningún problema, nadie los molestaba, jugaban, paseaban e iban a cine. Hacían una vida normal. En ese lugar, yo era uno más. ¡Me sentí tan tonto!

Decidí volver a casa, con los míos, y hacer una vida normal. Mi familia se sorprendió sobre la decisión que tomé, pues sabían de lo mucho que me afectaba el ser diferente. Comencé por salir con mis hermanos, con mis primos y tíos, para que las demás personas de mi vecindad se fueran acostumbrando a mi presencia. Me iba de paseo, también a la escuela, a montar bicicleta, a jugar con mis amigos (los que me aceptaban), a bailar en los parques, en fin, ¡a vivir sin restric-

ciones! Comencé a relacionarme con los demás, aceptándome tal y cual soy.

Pasados tres meses, después de mi regreso, yo era uno más y hacía parte del paisaje. La gente no me veía como alguien especial, podía llegar a cualquier almacén a hacer compras y me trataban como uno más.

Pero...ahora tengo otra duda...

Algunas noches despierto en los callejones oscuros, metido en un bote de basura y con un ratón en mi boca.

LA TAYSON

La Tayson era una mujer joven de contextura fornida, con una formidable pegada. Se mostró más de una vez en peleas a golpes con otras mujeres y, en dos ocasiones, con clientes reacios a pagar por sus servicios. Por eso sus conocidos la llamaban La Tayson, en alusión al poderoso boxeador afroamericano. La Tayson era una niña de dos años cuando se produjo la gran explosión en el antiguo mercado de Getsemaní. Sus padres tenían una venta de pescado y no salieron con vida de aquel infernal desastre. Un tío suyo, que era pescador, la llevó a vivir con ellos en la isla de Barú. Creció de manera un tanto salvaje por la necesidad de sobrevivir.



Iliana Marún Torres

Al terminar la primaria no siguió estudiando y tuvo que trabajar y ganarse la vida. Por ello se fue a vivir a la ciudad como empleada del servicio doméstico en una casa de familia. Durante varios años sufrió la explotación laboral por las largas jornadas de trabajo que empezaban desde la madrugada y no terminaban hasta el anochecer. Debía atender los requerimientos de cada uno de los miembros de la casa. Ella, mansa, accedía. Salvo la ocasión en que el patrón se le quiso meter entre las cobijas mientras dormía y La Tayson lo sacó a patadas, cogió un machete e hizo trizas la cama. Fue un escándalo en la familia. Alarmados por los gritos, portazos e insultos, salieron los vecinos a la media noche y tuvieron que apaciguar a La Tayson. Esa noche la despidieron y ella no tuvo otro remedio que buscar a una de sus primas que trabajaba en el centro de la ciudad, quien la que la

recomendó en El Rincón de la Música. En ese conocido lugar de vieja música tropical, pequeño en exceso, pero con una fiel clientela, funcionaba a tope un bar atendido por el dueño, un señor de presencia conservadora, discreto y gentil, gran conocedor de la música y coleccionista de los discos de acetato. Contaba con un grupo meseras atentas y dispuestas a complacer a su querida clientela, aún más allá de su sitio de trabajo. Eran amistosas incluso con las mujeres que llegaban solas o acompañadas. Creaban un ambiente agradable, acogedor y entusiasta en el que solían darse espontáneos festejos de larga duración en la más completa fraternidad.

Una de esas noches, en una mesa con clientes habituales se encontraba Nayib, conversando muy animado con su grupo. De repente La Tayson llegó con la botella de ron que habían pedido, con el hielo, los vasos y el limón con sal. Nayib era escultor, un hombre de dedos largos y facciones delicadas, el más hermoso de todos los amigos; pero conocido por su escepticismo, refinamiento y por ser algo distante. Quedó impactado con el brío que vio en La Tayson e inmediatamente le ofreció una silla a su lado. Pasaron toda la noche conversando entre ellos mientras el resto del grupo era como el telón de fondo.

Cerraron el bar y de allí caminaron al apartamento en la calle de la Media Luna. Nayib no perdía las esperanzas de terminar su noche en los fuertes brazos de La Tayson; pero él pretendía convencerla de que estuvieran juntos por un sentimiento puro e incorruptible, sin el despreciable dinero de por medio. Quería tener algo con ella que no se pudiera comprar ni vender. Amaneció y empezaron a pasar los vendedores de pescado, plátanos y bollos. Nayib no logró su propósito y La Tayson, ya con la luz del día, salió de su trance romántico y cobró su rol pragmático. Exigió su dinero por perder la noche, con el debido incremento para el transporte. Entre todos los

amigos que quedaban despiertos, recogieron lo correspondiente al pago, no sin antes que Nayib tuviera que hacerles un café, aunque era a él a quien le hacía verdadera falta la bebida para intentar sacarse a La Tayson de la cabeza.

CAROS EL SALVADOR

Caros se ha convertido en un miembro de la familia, llegó a la casa de tan sólo dos mesecitos y al principio no estábamos muy contentos con él por chillón, pues lloraba de noche y de día y nos importunaba y trasnochaba a todos con esos lamentos, la verdad es que lloraba más que una Magdalena. Han pasado los días y se ha adaptado muy bien al ambiente, tanto que ya nadie se siente a gusto sin su presencia, se ha vuelto en la familia como pan para el desayuno.



María Luisa Murillo Hurtado

Cuando llegó a casa no tenía nombre, en un principio todos le decíamos chillón, por llorón, pero dijo mi papá que era bueno bautizarlo, porque eso de decirle chillón no le parecía ni bonito ni justo. Comenzamos entonces a dar opciones de nombres; Cielo, decía mi hermana, Leo decía mi mamá, Lucas, decía mi hermano y así sucesivamente cada uno de los miembros de la familia sugería un nombre y le hacía fuerza para que quedara el de su preferencia, de manera que no lográbamos ponernos de acuerdo, hasta que mi papá, al ver eso comenzó a decir con voz potente y revestida de autoridad, que entonces serían tocayos, porque le iba a poner su nombre. Se escucha un jajajaja al unísono y mi papá se incomodó muchísimo con esas carcajadas, preguntando con voz de enojo que de qué nos reíamos; mi mamá, que seguía con la sonrisa dibujada en su rostro, trató de calmarlo diciéndole que por favor se tranquilizara, porque la verdad es que si nos producía mucha sorpresa y risa que se llamara Oscar como él. Mi papá nos dijo que claro, que se llamaría Oscar, pero al revés, o sea Caros. Ahhhhhh, respondimos al

unísono otra vez. Eso sí es distinto, continuó mi mamá, es un nombre gracioso y muy pegajoso, me suena, me suena. Y desde ese momento se acabaron los apodos y todos comenzamos a llamarlo Caros.

Entonces, en nuestra casa comenzó a sonar ese nombre como un disco rayado. Caros, por aquí, Caros, por acá lo llamaba el uno; ya te alcanzo Caros, lo correteaba el otro; Caros, juguemos a la pelota, decía mi hermano: no me arrastre la gorra, Caros, decía mi papá, salte esa cuerda Caros ordenaba mi mamá; y así entre juegos, diversiones y enseñanzas, en un abrir y cerrar de ojos se nos pasaba el tiempo con ese grandulón y juguetón de Caros.

Mi papá, que se dedicaba a trabajar y cultivar la tierra, decidió llevar a Caros un día a la parcelita que quedaba bastante retirada de la casa donde vivíamos y que, para llegar hasta allá, tocaba montarse en canoa hasta atravesar el río y luego recorrer un camino un poco boscoso y accidentado. Todas esas peripecias las pasó Caros y se le veía tan feliz como un perro estrenando lazo. Mi papá sí no disfrutó para nada con esa compañía, porque Caros se dedicó a corretear a todo animalito que veía y mi papá a llamarlo y seguirlo para que no se le fuera a desviar, de manera que terminaron la jornada sudorosos y jadeando de tanto correr y correr y a mi papá el trabajo no le rindió para nada. Cuando llegaron de vuelta a casa nos dijo mi papá, que era la última y primera vez que lo llevaba para el monte, porque le hacía perder mucho tiempo y le retrasaba bastante el trabajo.

Por el contrario, a Caros parece que sí le gustó muchísimo la experiencia, de manera que se las arreglaba para no quedarse en casa cuando mi papá se iba para el monte y no ser pillado escondiéndose en la canoa, porque tenía más vicios y mañas que casa vieja y era más listo que el aire, así que mi papá sólo lo descubría cuando ya llegaban al sitio donde empezaba la caminata para llegar a la parcelita.

Hizo tantas veces esa hazaña Caros, que mi papá optó por llevárselo siempre que iba a ir, pues se habían convertido en los amigos y compañeros inseparables de viaje.

Cierto día se fueron al monte y esta vez salieron más temprano que de costumbre y, como a las tres horas de haberse ido, llega Caros a la casa, todo mojado, lleno de barro hasta la corinilla y oliendo a los mil demonios. Estaba inquietísimo, entraba, salía, saltaba, lloraba y repetía estas acciones una y otra vez. Mi mamá, cuando lo vio llegar, se dispuso a esperar a mi papá un momentico, pues generalmente, Caros llegaba de primero, aunque le pareció muy extraño que hubieran regresado tan rápido. Así que dijo mi mamá que de pronto algo se le había quedado a mi papá acá en casa. Lo que sí le parecía muy extraño es que Caros le halara con mucha fuerza la falda que llevaba ella puesta y saltara y saltara hacia ella y que mi papá no llegara a la casa. De modo que mi mamá inmediatamente empezó a decir que a Oscar algo grave le había podido haber pasado y Caros le estaba informando. Mi mamá se dispuso entonces a buscar ayuda para desplazarse hasta Quebra Hueso, que era el sitio donde estaba ubicada la finquita, para poder rescatar a mi papá. Al llegar al sitio Caros se adelantó y se ubicó al frente de un barranco y ladraba tan duro que retumbaba en las montañas. Los rescatistas se afanaron a ver qué era lo que pasaba y allá vieron a mi papá que había caído a un gran hueco, de donde únicamente podía salir con ayuda, porque hacerlo solo era imposible. Uno de los que estaban presente, decía que era muy cierto el dicho de que no había que fiarse de nadie en la vida, excepto de la madre y del perro y otros propusieron que le cambiaran el nombre de Caros, por el de Salvador.

DOÑA MARÍA

Nunca supe cómo hacía para no quemar su boca. El tabaco encendido, que siempre permanecía entre sus labios, era puesto al revés. La parte encendida se perdía en la caverna oscura y húmeda de su boca y la lengua, alguna vez rosada, cual cenicero tiznado, era el eterno recipiente de las cenizas. El humo había vestido sus dientes de un café oscuro, de ese que delata el tiempo de candela y que a través de los años carcome las paredes de los hornos de barro. Cada tanto la saliva se iba acumulando y al juntarse con la ceniza se formaba un gel pasmoso que con un horrible gorgoteo era expulsado casi dos metros afuera. Ese era el único momento en que el tabaco era retirado de la boca. Yo creo que doña María hubiese preferido que le arrancaran la lengua a que le quitaran a su ardiente compañero.



Lorena Torres Herrera

Sentada en el andén de su casa, al lado de un platón de aluminio lleno de chontaduros, doña María cantaba arrullos, bundes y alabaos. El tabaco, a veces entero, a veces medio, a veces en mero pucho, se movía como batuta en su boca dirigiendo los ritmos que emanaban de su garganta. Los sonidos onomatopéyicos de los instrumentos musicales vibraban en sus labios: shisss, shisss, para el guasá, pun pun pun pan, para el bombo, el tupac, tupac cuando quería imitar el sonido del cununo y el tin tin ton, tin ton, acompañado de una sonrisa cuando sonaba entre sus dientes la marimba. Levantaba sus brazos y acompañaba con palmadas su canto. Algunas veces el ritmo recorría su cuerpo, con dificultad se levantaba y alzando su pollera,

movía sus pies formando un círculo, a veces zapateando, siguiendo la coreografía de un bambuco viejo, ese currulao que sólo los abuelos y abuelas bailaban.

Los chontaduros más deliciosos los preparaba ella. La pulpa anaranjada, entre dulce y salada, botaba de sus entrañas un aceite amarillo rojizo que te hacía aguar la boca y, en el medio, “la pepa”, un pequeño coco que era el premio final que se degustaba en el último momento. Antes de ponerlos al fogón los ponía al sol y los cocinaba con “secreto”. El olor recorría el barrio. “Doña María está haciendo chontaduros” era el comentario que se escuchaba en cada rincón y en cada casa se iban separando las monedas para la compra, mientras las miradas expectantes se posaban en el andén de su casa, esperando verla poner el platón con el exótico fruto humeante.

Su pelo blanco era trenzado ágilmente por sus propias manos cuyos dedos, ya por la edad, estaban engarrotados y uno de ellos, el anular derecho, había decidido quedarse estirado por siempre. Para las niñas y niños era un enigma ver su tabaco en la boca y sus dedos tan extraños. Sus manos se movían con la perfección de un relojero para pelar los chontaduros, para enhebrar una aguja, para hacer cualquier actividad. Siempre vestía de negro. El negro de las telas de sus vestidos se confundía con el tono de su piel, que era muy oscura. Algunos sostenían que el humo de tantos años se había diluido en su sangre y al final le había tiznado la piel. Antes de los veinte años ya era madre de seis hijos y viuda. Dicen que después del entierro del marido, llegó a la casa y en vez de llorar cogió uno de los tabacos del difunto, lo encendió, se lo llevó a la boca con la candela pa’ entro y sus labios rosados lo enlazaron eternamente. El luto y el tabaco la acompañaron hasta el día de su muerte.

Su paso al caminar era lento, su cuerpo delgado dejaba entrever el cuerpo atlético que una vez tuvo, su espalda encorvada recordaba las dificultades que pasó para sacar adelante sus hijos, pues dicen que de tanto inclinar su espalda sobre el río, lavando ropa ajena, su columna se fue encorvando con el transcurrir del tiempo. Entre las arrugas de su rostro delgado sobresalían sus grandes ojos negros que, aunque se veían cansados, reflejaban la sabiduría de toda una vida. Sus pómulos eran altos, en medio de éstos se erguía su nariz ancha y gruesa, por cuyas fosas salía parte del humo del tabaco que le había quitado camino al mismo aire. Pero había algo que brillaba en ella y era su sonrisa de dientes quemados, sonrisa cálida que te cobijaba el alma. Sonrisa que antecedió a un abrazo que siempre nos daba en momentos inesperados. Su edad era un misterio, todos dicen que vivió muchísimo más de cien años. En el barrio varias generaciones crecimos con su presencia.

Empezó a morir cuando una cortina gris le fue cubriendo los ojos impidiéndole volver a cocinar y vender sus chontaduros. Una tos estridente, junto a un silbido ronco nacido entre sus pulmones, se enquistó en su garganta aniquilando su canto. No podía hacer nada sin pedir ayuda. Se sentaba en el andén y dormitaba, cada tanto levantaba su cabeza para expulsar un escupitajo. Su tabaco encendido se apagó una mañana de manera lenta, llevándose en una bocanada de humo su último suspiro.

Los hornos de barro, el aroma a chontaduro y el humo gris, de olor agri dulce que deja el tabaco, evocan en mi memoria el sonido rítmico de su voz entonando un currulao, dibujándose en mis nostalgias su rostro negro, delgado y afable, iluminado siempre por una cálida sonrisa de dientes quemados

ÉPOCA DE CAIMITOS

En época de caimitos el amarillo esculpe el paisaje; y el olor dulce caimito se filtra entre los tablones de las casas. Así se filtra el deseo, pensó Hilda. Por todas las hendijas del cuerpo se filtra, dijo. Era de madrugada. Despertó emparamada en sudor y lo primero que sintió fue el olor de los caimitos del patio. Y allí recostada se imaginó el caminito de aroma formado desde el árbol hasta la punta de su nariz. Todo llega a una, todo llega inesperado y oportuno, sentenció. Se sentó en la cama y se quedó mirando la llama que bailaba despacio sobre el velón blanco, recordó esa vez que un amante la apretó contra una pared y le dijo entre palabras que cayeron despacio, como gotas al final de un aguacero: negra, mi negra mía. Sonrió. Esa llama, la del velón, ardía bajito, dijo. Esa llama no era nada comparada con su llama. Su llama ardía tan fuerte que podía encender cien hogueras a la orilla de un río, pensó. Y esa llama que le ardía en el cuerpo, que le ardía fuerte, que le estremecía hasta el suspiro, la llevó hasta el patio en medio de la madrugada y la neblina. Un caimito, dos caimitos, tres caimitos, cuatro caimitos... y ya cuando se disponía a coger el octavo caimito, a sentir en su paladar su dulce, a recorrer con su lengua su pulpa transparente y pegajosa, cuando estaba a punto de extasiarse, cuando ella era el caimito y el dulce a la vez, sintió una mano que subía por sus piernas...



Dayana Zapata Flórez

—Raúl, hoy te demoraste tres caimitos más que ayer, le dijo.

EL SEPULTURERO

Un domingo mientras los gallos cantaban, caminaba un hombre por la calle, flaco, desgarrado, medio desarreglado y con una ropa que a simple vista parecía percutida, como arrastrada. Le daba los buenos días a todo aquel que iba encontrando en el camino, algunos le contestaban, otros no.



Ana Victoria
Rodríguez Romero

Apenas hacía unos minutos el hombre había sido expulsado del lugar donde vivía y su cabeza estaba hecha un caos, pero nadie sabía; a quién le importaría.

Algunos años atrás el hombre había invadido un pedacito de terreno que había encontrado abandonado, pero recientemente una constructora había comprado el lote y tenían que sacarlo, él no podía seguir ocupando un espacio que no le pertenecía. La noche anterior a ese domingo, montaron todo un operativo con la policía para sacar legalmente al hombre. Llegaron varias motos con sirenas, policías, todos con celulares en las manos y el sonido de las radiopatrullas llenaban la escena de dramatismo, cómo si se tratara de un delincuente. Lo llamaron por su nombre para que se despertara, el hombre a esa hora dormía en lo que parecía un cambuche, tirado su cuerpo menudo sobre una estera.

“Yo soy vecino suyo”, fue la única frase que salió de la boca del hombre. Los policías creyeron gracioso sacar al desvalido a la

calle. Uno de los policías que había estado en el operativo había quedado impresionado con la frase del hombre: “¿Vecino mío?”. Se quedó pensando...

Averiguó por el hombre y supo que se ganaba la vida como sepulturero, que nadie en el lugar y sus alrededores sabía quién era ni de dónde había venido. El joven policía seguía con la intriga y un día quiso hablar con él para preguntarle por qué decía que era vecino suyo, fue al cementerio y lo encontró pero no hablaron, no cruzaron ni media mirada, había un resentimiento en el hombre y ese sentimiento hizo sentir culpable al joven policía que se había consternado con los lamentos de las familias que se despedían de algún ser querido.

Extraña e inesperadamente el joven policía empezó a sentirse muy interesado en el hombre y un día le contó el caso a la mamá, esta a su vez le aconsejó que no le diera mucha importancia, pero hizo un gesto que llamó la atención del joven, quien de una vez pensó que la mamá lo conocía, que ella sabía de quién le estaba hablando. El siguiente domingo, temprano, mientras los gallos aún cantaban, el joven policía caminó detrás del hombre cuando lo vio pasar. Esta vez cuando estuvieron de frente, pudieron cruzar palabra, un diálogo corto que finalizó con un gesto frío del hombre que secó el sudor de su frente y guardó la pala. Volvió a contarle a la mamá la reunión que sostuvo con el hombre y esta no tuvo más opción que contarle la verdad, que aquel hombre siempre ha estado muy cerca de ellos desde que el joven policía había nacido. Una respuesta que no aclaraba para nada el interés que, sin razón, se había despertado por aquel señor. Por la expresión de la mamá, el joven policía entendió en ese momento que si eran vecinos, pero que peligrosamente él se acercaba a otra gran verdad.

La pena llenaba de desesperación al hombre, quien no tenía dónde vivir, no sé alimentaba bien y ahora se sentía perseguido por la verdad. Su mente frágil no aguantó y casualmente al domingo siguiente decidió quitarse la vida. Exactamente la noche anterior al suicidio la mamá del joven había decidido contarle la verdad, que ese señor, era su papá. El joven amaneció dispuesto a enfrentar esa verdad y buscó al hombre, lo encontró en el cementerio tirado en el piso y encorvado como un tres, sin signos vitales y con un papel metido en el bolsillo que decía: soy tu padre.

El joven enterró el cuerpo de su padre con sus propias manos, renunció al uniforme de policía y se convirtió en el nuevo sepulturero del pueblo.

DEISY

Llegó a mediados de octavo al colegio, la monja anunció que había llegado una nueva bendición al colegio. La bendición se llamaba Deisy y traía un bolso gigante y demasiado rosado, con flores de colores estrambóticos, no usaba maquillaje a diferencia del resto de nosotras, de lonchera traía jugo de guayaba en un termo y un *croissant* envuelto en una servilleta, al almuerzo nunca se iba del colegio, y más de una vez, alguna de nosotras la vio escabullirse al comedor de las monjas. De ahí venían los rumores: unas decían que era la sobrina huérfana de la rectora; otras decían que su madre había matado a su padre y había ido a la cárcel y que las monjas la habían acogido para que no quedara en la calle; otras, más atrevidas, decían que era hija de una monja que había quedado embarazada del portero y que como era pecado abortar las monjas la acogieron.



Karla Ramírez Ruiz

La verdad es que ninguna de nosotras sabía dónde vivía, porque almorzaba en el comedor de las monjas, cómo pagaba la pensión, o si el balón de fútbol que traía en el bolso era de ella. No sabíamos por qué nunca la habíamos visto en el pueblo, por qué todavía no la veíamos, por qué nunca se soltaba la cola, si sus mejillas eran rojas o era que usaba rubor, cómo era su letra, sus calificaciones o de dónde había sacado cuadernos con la marca de leche Colanta.

No nos hablaba, prefería sacar cero antes que hacer una exposición frente a toda la clase, y cuando hablaba porque la rectora iba al salón

o una monja le preguntaba algo, el resto del día Isabella se burlaba de ella, la remedaba mientras las otras niñas se reían en voz baja. Yo reconocía en su hablado rápido y golpeado, a mis familiares del campo y no podía reírme porque sentía que me estaba burlando de mi propia abuela. Las otras niñas del salón empezaron a notar que no me causaba la misma gracia que a ellas ver a Isabella imitando el hablar de Deisy entre clases, llevando jugo de guayaba con el único propósito de vomitarlo, usar rubor y lápiz negro para simular sus cachetes rojos y lunares o mandándole saludos de parte de ella a los muchachos populares del colegio masculino del pueblo. Sin embargo, yo tampoco era amiga de Deisy, por lo que no quedaba totalmente afuera del reino del resto de la clase.

Al finalizar el año, le rogué a mi padre que me cambiara de colegio, que me metiera Comfama, el colegio más liberal del pueblo, hasta aceptaría que me entraría al peor colegio del pueblo con tal de no tener que volver a ese colegio; pero él se negó, dijo que no sería yo quien rompería la tradición familiar y que ese era el único colegio en el pueblo decente para señoritas. Duré todas las vacaciones de fin de año enojada con él, tanto que preferí irme en el bus polvoriento de San José, en lugar de en su carro, para pasar las navidades en la finca. La finca quedaba un tramo más abajo del corregimiento San José y en ese camino solitario, una moto paró y se ofreció a llevarme. Acepté y cuando ya me estaba bajando me di cuenta de que era Deisy. No soporté la curiosidad y le pregunté qué hacía allá, ella sin voz temblorosa me contó que vivía más abajo, en el Higuerón, y hasta me invitó a su casa. Acepté, normalmente no había mucho que hacer en la finca. Quedamos de vernos a la mañana siguiente en el mismo punto. A la hora pactada, estaba ella nuevamente en su moto, y bajamos hasta su casa. Era una casa sencilla parecida a la de mi abuela materna, en el pasillo de la casa estaba el jardinero del colegio y empecé a creer en la versión de que era hija de una monja, pero luego,

una señora amplia, amable y sin velo de monja salió de la casa. Esas vacaciones pasamos mucho tiempo juntas, Deisy me mostró todos los lugares que había que ver en la vereda y en su finca. Pero el lugar que más me encantaba y al que yo más insistía en ir, era a la escuela. Ella me contó que cuando hicieron la escuela, habían encontrado un cementerio de indios, de hecho, su padre tenía exhibidas, en la sala de la casa, algunas de las vasijas que «lograron rescatar antes de que llegará el gobierno por ellas». Me encantaba verlas, me gustaba ver las cruces detrás de la escuela y que ella me contará cómo se veían las tumbas que había debajo de ellas. El cementerio indio despertaba en mí un interés morbosos, soñaba con él, con los dueños de los cráneos, con un nuevo laberinto entre la tierra o los amarres que haría la gente con las vasijas que allá encontraba.

Para fin de año, mi familia y yo volvimos al pueblo, y no volví a ver a Deisy hasta que regresamos a las clases. En el salón volvía a ser la niña de bolso grande, rosado y estrambótico que no se maquillaba. Con el paso de los meses, dejé de soñar con el cementerio indio y la rutina adolescente, con las fiestas de quince y fines de semana en la zona rosa, se insertaron nuevamente en mi vida. Eso sí, las confrontaciones con Isabella aumentaron, yo ya no soportaba su crueldad innata y cada vez me era más difícil disimularlo.

A fin de año, como siempre, volvimos a ir a la finca de San José para pasar Navidad y volví a encontrarme con Deisy, volvimos a recorrer lugares en la vereda y a ir al cementerio indio, aunque ya no me emocionaba tanto el plan y ella estaba mucho menos alegre. Sus ojos parecían hundidos, opacos, como los de la gente que lleva muchos días seguidos en un velorio, y se notaba que poco había dormido y que había llorado. Antes de volver al pueblo, me atreví a preguntarle qué había pasado, me habló de lo obvio, odiaba ese colegio, odiaba el pueblo, odiaba las niñas del salón, pero sobre todo odiaba a Isabella

y su asedio constante. La entendía, pero no podía hacer mucho por ayudarla, le sugerí que pintara mandalas; pero a ella se le ocurrió que hiciéramos un ritual de venganza que había visto en una película. Tomamos una figura de una mujer-animal, que su padre había rescatado del cementerio, pusimos una foto de Isabella en el celular y, pronunciando una serie de palabras estúpidas e inentendibles, rompimos la figura. Una de las partes la tiramos al Río La Miel, otra la enterramos a la escuela, con las otras partes. No sé qué se hizo Deisy, yo pronto volví al pueblo. Ese año conseguí novio, lo que me dio una excusa extra para alejarme de la vida social de mi salón, y estar casi ausente dentro del colegio.

Para ese año, ya estábamos en décimo y las monjas hicieron muchas misas porque a Isabella se le empezó a caer el cabello, ahora tenía que usar telas en la cabeza y con el tiempo tuvo que empezar a usar pelucas. Enflaqueció de sobremanera, luego se le cayeron las cejas y uno a uno los pelos de las pestañas. En los paseos escolares no podía entrar a la piscina, porque se le despintaban las cejas y todas en silencio, pensábamos que parecía un esqueleto. Casi a fin de año, Isabella también se quedó sin uñas, los médicos no daban ninguna explicación y a su madre la tuvieron que internar en psiquiatría por un tiempo porque no soportaba tener una calavera como hija. Mi padre y yo pensábamos que le había dado un cáncer y que su padre estaba loco por llevarla a misas de sanación y a chamanes a exorcizar la casa, en lugar de conseguir una clínica decente, donde atendieran su enfermedad, pero la evidencia decía que todo parecía estar bien con su cuerpo, y nosotros empezamos a pensar que podía ser una enfermedad psicológica, o una enfermedad huérfana. Nuestra conjetura de enfermedad mental cogía peso cuando, al tiempo, tuvieron que internarla en la clínica psiquiátrica por las crisis de ansiedad de las que ahora era presa. Contaban, las niñas del salón, que su padre estaba muy enojado con el colegio, porque ninguna de sus compañeras, se había aparecido en la clínica

psiquiátrica a saludarla. Lo cierto es que a nadie quería ver a la ya de por sí tóxica Isabella con una enfermedad mental.

Nunca se me ocurrió que ese ritual estúpido que Deisy y yo hicimos antes de fin de año hubiera desencadenado tremendo huracán en la vida de Isabella, hasta que un día, Deisy me escribió una nota y me pidió que nos viéramos en la virgencita que había atrás del colegio. Ella estaba llorando y decía que teníamos la culpa de todo eso, yo le dije que no fuera boba, que ese había sido un ritual estúpido, que todo había sido coincidencia, dije dos o tres cosas del karma, que parecieron tranquilizarla. Sin embargo, ella sembró en mi la duda y le pedí a mi padre, que me llevara a la clínica psiquiátrica a ver a la calavera que ahora era Isabella. En la clínica nos permitieron ir a la cafetería, le compré un Alpin de chocolate y unas rosquitas, que ella ni siquiera probó, creo que estaba medio dormida por la droga y tenía la mirada perdida. Yo no me atrevía a decirle nada, y antes de llevarla de nuevo con la enfermera, ella me miró fijamente y me dijo que ahora, siempre en su cabeza, oía la voz de Deisy, que se había vuelto loca, pero que sabía que había sido ella. La llevé donde la enfermera y a mi vuelta empezó a gritar, a pedirme que le llevara agua bendita, que enterrara un hueso de pollo en el patio del colegio, que me dejara crecer la uñas y se las pegara luego con silicona. Mi padre, escuchó los gritos y por fin, me dejó cambiarme de colegio.

DESENCUENTROS

Desde el quinto piso del edificio en el que vivía, entre grises más claros que los que avistaba esa mañana a través del ventanal, se alcanzaban a ver las dos puntas sobre las que sobresalían los referentes católicos más importantes de la ciudad y a los que ella, sin pensarlo e inconscientemente como cualquier creyente se encomendó alguna vez, mientras apagaba miedos, fumando y bebiendo con la desesperación de aquellos que ya no esperan nada porque les robaron todo.



Ivonne Rojas

La esfera celeste semejaba un gran bastidor gris, rasgado por tonos violetas a un costado... los conjuntos de apartamentos que lo bordeaban se reflejaban en sus grandes ojos negros, de más a menos, simulando ser reales o quizá simples piezas en un salón de juegos de niñas, que parecían cobrar vida cuando al Este despuntaba el sol.

El café de la mañana le recordaba que ella también vivía. cuando pusieron en sus manos una taza humeando aroma a granos recién tostados, rompió su letargo, con un “gracias” y una sonrisa.

Las botellas vacías del fin de semana aun reposaban sobre la mesa de centro de la sala, nunca le gustaba contarlas porque no era ella quien las compraba con un aliento insaciable. Desconocía a la mujer que se aventuraba en las noches, por las calles vacías, sin importar el clima, en busca de algo que le calmara la sed, que no le saciaban unos pocos grados

de alcohol y que le pesaban más que arrastrar un ancla sobre el asfalto; desconocía lo que sucedía, los días en que ella habitaba su casa.

Se devolvió sobre los pasos de aquella madrugada y los ruidos que parecían venir de la cocina, voces ininteligibles, carcajadas que iban y venían como si golpearan la puerta de su cuarto. Sentada en la cama trataba de escucharlos y tomaba sorbos de la botella que tenía al lado, sobre la almohada. ¿Eso que escuchaba arrastrar, eran cajas? Sí, eran cajas. ¿Pero porque cajas si ella estaba sola en casa? ¿Acaso era un sueño?

¿Has sentido que de repente algo te agarra de sorpresa y te paraliza? Eso le pasó a ella, se paralizó. Sintió que la respiración se agitaba y se cortaba. Sintió cómo se debe sentir en los momentos en que llega el fin, el fin de algo que se supone importante, ineludible. Se paralizó como cuando vio que un perro que a los seis años le parecía gigante, tumbó a su primo de un brinco y casi lo mata; cómo se paralizó y se paraliza cuando recuerda a la niña en un cuarto oscuro, recostada a la pared y al hombre que le susurra al oído que es tan solo un juego.

No supo más de ella, se durmió y se despertó, una, dos, tres veces... no sabe cuantas, como en una especie de desmayo continuo o quizá un sueño lucido. De repente estaba en la cama, de repente tirada sobre el sofá de la sala o tirada al lado del baño, siempre con ropa distinta. Cuando por fin sintió que tenía fuerzas suficientes y quiso salir de su cuarto a gritarle a las voces, que se fueran de su casa; la alarma sonó, eran las 4:30 de antes del meridiano, de un lunes en el que debía ir a trabajar “aún conservaba su empleo”. Antes de salir se quedó mirando a través de la ventana, cuando pusieron en sus manos una taza humeando aroma a granos recién tostados, rompió su letargo, con un “gracias” y una sonrisa.; El café de la mañana le recordaba que ella también vivía; en la sala, sobre la mesa de centro reposaban las botellas vacías..

CUATRO HISTORIAS

MI TÍA BERCELINA

Mi tía Bercelina andaba caminando por todo el pueblo buscando un hombre para enamorar, cuando de pronto un joven se fijó que alguien lo miraba atentamente. Así que caminó hacia ella y le preguntó: ¿Señora en qué la puedo ayudar? Y ella le contestó: “¿Si te digo me ayudas?”. El joven con cierto temor le dijo, claro que sí mi señora. Entonces vamos a esa cabaña para contarte a solas, ya que alguien podría escuchar mi secreto. Así que mientras caminaban, la dueña de la cabaña decía en su mente: allá cayó otro. Al entrar en la cabaña ella le dice: quiero explicarte que llevo mucho tiempo sin ver a un hombre desnudo que me diga que estoy bella. ¿Tú crees que puedes desnudarte y al verme sin nadita de ropa, decírmelo? El, pensando en que con eso ella quedaría tranquila y se podría ir, le dijo que sí. Pasaron unos minutos y se desnudaron. Cuando se vieron a los ojos fue como si se hubiesen enamorado, así que se acercaron tanto que terminaron en la cama y nueve meses después tuvieron los primeros trillizos en ese pueblo.



*Nora Hercilia
Salazar Hurtado*

LA GUITARRISTA

Aquí en el Chocó vive mi tío José María, un hombre que toca la guitarra sin que humano le hubiese enseñado. José María, cuando tocaba se transportaba y todo mundo bailaba, así que como yo no entendía, un día le pregunté: ¿Tío José María, usted me puede enseñar a tocar la guitarra? Y él respondió: sobrina si usted quiere aprender debe comprar una botella de viche y en la noche ir a lo profundo del monte hasta que el duende quiera salir. Cuando él salga usted debe estar preparada para combatir y, si le gana, él le enseñará. Yo lo pensé y no dudé, así que compre mi viche y al monte me fui a meter, convencida de que con ese duende yo iba a poder. Y para no alargales el cuento, les digo que peleamos tres noches y salí ganadora.

LA OBSERVACIÓN

Caminaba por el parque de mi ciudad y vi a un hombre que cogió un micrófono y se puso a cantar. Cuando lo vi pensé que tal vez lo podía hacer bien. Para la sorpresa de todos no afinaba una nota, pero con su movimiento corporal cautivó la atención de todos. Él cantó dos canciones que, aunque para no estar afinadas podría parecer que el tiempo se le haría largo a los allí presentes, pero no. Todo mundo lo miraba atentamente y cuando se desplazó cerca de cada uno para recibir el aporte. Las personas ya tenían en su mano un billete para darle. Así que me he quedado con la impresión de que el talento es importante pero la actitud define muchas cosas.

Por eso ahora cuando salgo, trato de ver el comportamiento de las personas y eso como influye en sus vidas y así tratar de ser mejor cada día. Pues de la observación

LOS BUENOS Y LOS MALOS

Decía doña Rocío que por allá arriba en una montaña todas las noches salía un señor. Se sentaba en una banquita y en la mesa ponía una taza de café. Sacaba su cuaderno y empezaba a escribir nombres: en una columna los buenos y en la otra los malos. Después bajaba al pueblo y en una cantina empezaba a corroborar si estaban los malos. Antes del amanecer se recorría las fincas para ver si ahí estaban los buenos. El rumor se fue corriendo y los que mantenían en las cantinas dejaron de ir, porque se imaginaban que algo les podía hacer, ya que no sabían cómo el personaje que desaparecía antes de las 6 de la mañana siempre atinaba. Además, todos los que sembraban, cuando eran visitados por él empezaban a ganar más dinero. Por ello, hasta hoy se cree que sigue viviendo en las montañas y desde allá vigila que todos estén bien. Muchos dicen que si se vuelven a desordenar, él bajará a poner orden en ese lugar..

LA FELICIDAD

Me subí a un taxi para ir al aeropuerto. Había planeado hacerle la pregunta del reto a la pelada que trabaja en el OMA de la sala de espera. Me gusta llegar temprano solo para tomarme un café en la mesita al lado del mostrador, porque tiene tomacorrientes para cargar el celular. Es una pequeña tradición que tengo conmigo misma. Tenía la locación y a la víctima escogida.



Tatiana Rabat Zúñiga

El saludo efusivo del taxista me hizo cambiar de opinión.

–¡Buenas tardes, jovencita! Si me permite decirle, le queda muy bien el color rojo.

–Señor, muchas gracias. ¿Me lleva al aeropuerto, por favor?

–Con el mayor de los gustos.

–Señor, ¿le puedo hacer una pregunta?

–Sí, claro que sí.

–Estoy en un reto de escritura y todos los días me envían una imagen con el reto que debo cumplir. El de hoy dice: “Pregúntale a un extraño si es feliz.” ¿Le puedo preguntar si usted es feliz?

–¿Cómo es eso de un reto de escritura? ¿Lo haces tú sola?

–No, tenemos un grupo en WhatsApp y nos envían el reto diario en una imagen a las 9 de la mañana.

–Muéstreme la imagen.

Le mostré la imagen y el taxista me regaló una sonrisa amplia y sorprendida.

–Señorita, esa es una pregunta muy difícil. ¿Soy feliz? No sé qué responder.

–Bueno, le cambio la pregunta: ¿Para usted que es la felicidad?

–Para mí la felicidad es estar tranquilo con la vida que tenemos y estar conformes con lo que Dios nos dio. Pero si lo pienso bien, estar conformes es no tener aspiraciones. Y no tener aspiraciones, no es ser feliz.

Y como el más experto en debates y negociaciones, el taxista me devolvió la pregunta.

–¿Y tú eres feliz?

–Sí, creo que sí. Para mí la felicidad también es estar tranquila y hoy estoy tranquila.

–A veces pienso que la felicidad es tener más plata, un mejor carro o hacer un viaje. Pero conozco personas que tienen más plata que yo, un mejor carro que yo y acaban de volver de un paseo y no son felices. Creo que ser feliz es estar bien con lo que tienes, cada día. ¿Esa respuesta está bien para ti?

– Claro que está bien. Además me gusta que su respuesta sobre la felicidad sea la misma que la mía.

–Y yo no he estudiado tanto como tú.

–Pero ha vivido más que yo y, si ambos hemos llegado a la misma conclusión, por algo será.

–Ojalá mi respuesta sea la que más resalte en tu grupo.

–Creo que va a ser la primera, nadie ha escrito todavía.

–Mucho mejor. Cariño, son 13.000 pesos.

–Aquí los tiene. Muchas gracias.

–Muchas gracias a ti, me voy con una historia por contar.

Me bajé del taxi y seguí hasta las Salidas Nacionales. Tenía un reto por escribir y tiempo para hacerlo.

MI ENVIDIA

Envidio a todos aquellos que se levanta con una sonrisa. Yo, en cambio, la rechazo, me niego rotundamente a cargar con ella. Cada mañana recuerdo mi infancia, mis desesperos, la ausencia de mi padre, la enfermedad de mi madre y mis responsabilidades con ellos, con los míos, con aquel pequeño que apenas ve de mí lo que aparenta mi esquema físico, mi carátula, pero no lo que por dentro cargo.



*Fanny Johana
Arboleda Solís*

Envidio a todo aquel que tiene un padre que está ahí, que le conoce, que sabe que le gusta, que necesita, que le mira a los ojos, que le abraza de cerca o desde la distancia; el mío en cambio ya no está. Acabo de enterrarlo. Se fue sin conocerme, estuvo y no estuvo, nunca me llevó a la escuela, nunca supo que sentía o pensaba, ni como sufríamos cuando mamá no tenía para darnos de comer, siempre creyó que 2 mil pesos era la solución. Para las fiestas decembrinas no necesitábamos, según él, más que un vestido que se podíamos lucirlo con los zapatos del colegio.

Nunca supo si me gustaba el deporte, la cultura, el arte y la poesía. Nunca me escuchó recitar un poema. Me hubiese encantado que supiera que soy muy buena para hacerlo, que viera cómo hago feliz a la gente con este arte y cómo hago erizar sus pieles cuando recito el *Angelito Negro en el cielo*, si hay. ¡Nunca lo supo! Nunca me vio en los escenarios tomándome la palabra como una mujer empoderada,

defendiendo los derechos humanos, de mis raíces, mi identidad, mi género y el territorio. ¡Nunca lo supo!

No supo cuál es mi color favorito, que se entremezcla entre el morado, el rojo y el fucsia, que mi hijo tiene el nombre un faraón egipcio. No supo que soy ansiosa, que como hasta las tres de la mañana si estoy despierta, y que soy depresiva desde mi adolescencia. ¡Nunca lo supo!

Nunca supo que intenté suicidarme siendo muy chica, que asumí las consecuencias de ser buena estudiante.

No supo que me gradué de la normal con una cinta grande que atravesaba todo la toga y decía: ALUMNA MAESTRA, que me homologaron 3 semestres por las excelentes notas, supo que me había ido a estudiar gracias a una beca, pero desconocía que estaría en una ciudad desconocida; no supo cómo logré terminar la carrera profesional y graduarme con honores en una universidad para chicos de extracto 4 y 5 y que, para sostenerla, debía sacar un promedio de 4,5, y que con esfuerzo lograba llegar entre 4,8 y 4,9. Nunca me pregunto si comía bien, si dormía, si era feliz. Nunca supo que todos mis estudios los he logrado con beca. No supo que me dolía su posición, esa forma de asumir su papel de padre.

No sabe que dejó cicatrices que apenas siento, que voy a poder alivianar pero que con seguridad no se borrarán. ¡Nunca lo supo! Pero se sentía orgulloso.

Dejó fracturada mi alma, mi corazón, mi espíritu. ¿Ven? Por eso envié a todos aquellos que cuentan con un papá.

En su velorio no sabía si llorar por haberlo perdido sin haberlo tenido, o por el hecho de ser una desconocida entre la familia y sus co-

nocidos. Envidio a los padres que hacen respetar a sus hijos. Gracias al mío nos tocó aprender a ser medias salvajes y defendernos con garras. Envidio a todos aquellos que tienen quien los escuche; yo casi pierdo la voz porque por mucho tiempo no tuve quien me escuchara. A veces quisiera gritarle al mundo todo lo que he vivido, con tanto hasta podría escribir una novela, pero he aprendido a tener miedo, miedo hasta para escribir estas palabras. que en realidad no expresan la totalidad de mi existencia.

No supo que este año ha sido una locura para mí: perdí grandes inversiones con mi emprendimiento, que me hicieron una estafa y dejaron mi cuenta en cero; que estuve en terapia porque perdí parte de movilidad de mi cuerpo; que el estrés estaba atacándome, que no he logrado recuperarme emocionalmente. La depresión no ha querido soltarme.

Nunca supo de lo que yo soy capaz; no supo que tengo 2 trabajos importante, que a cualquier padre llenaría de orgullo saberlo; no sabe que he escrito artículos, poesías y he aparecido en revista y más de 2 veces por televisión, que he sido homenajeada por mi excelente desempeño como docente y que soy una gran lideresa. No supo que pertenezco a organizaciones, y que a través de ellas ayudo a la gente. No supo cuáles son mis sueños. Se fue y se llevó los recuerdo que apenas vio desde lejos; es más: no tengo una foto de él, ni de él conmigo. No supo que para homenajearlo tomé una foto de una publicación que alguien hizo en redes sociales. No tengo recuerdos bonitos, no recuerdo haber jugado con él, haber recibido un te quiero, pero en ocasiones nos llevaba a mi hermana y a mí una galleta festival de limón; ya ni recuerdo cada cuánto.

Nadie sabe cómo envidio a la gente que duerme a plenitud; a mí a veces me toca pasármela en vela, traspasar constantemente por

cuestiones laborales o situaciones emocionales que me dejan con sensación de sinsabores y se entremezclan con esas ganas de seguir mostrando mi potencial y sacar adelante mis proyectos. Pero que no he encontrado la forma de ser feliz.

Envío a todos aquellos que ya saben qué les hace feliz, porque apenas puedo saber y entender lo que realmente significaba su ausencia en mi vida. Quizás mi padre no tuvo la culpa. Culpo a su estructura de crianza, su entorno y forma de comprender. Nadie da de lo que no tiene, no ha vivido y experimentado. Siento alivio. Lo perdoné y me perdoné.

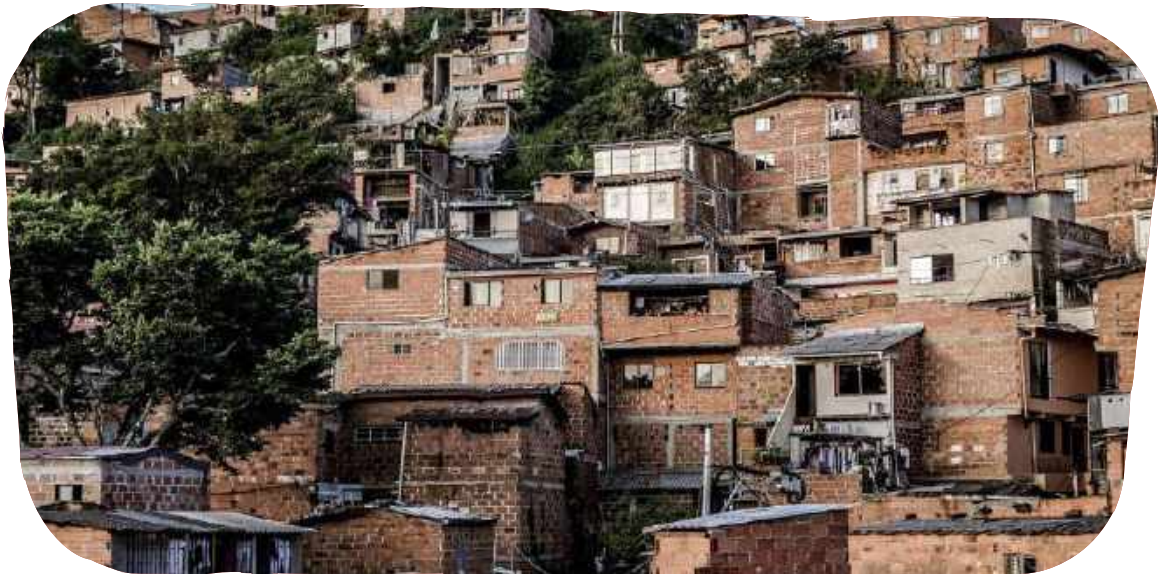
Los envidio a todos ustedes porque han podido estar presente en este maravilloso diplomado como debería ser. Han tenido la fortaleza y la verraquera que yo no he tenido para estos tiempos. He estado presente pero ausente a la vez, escuchándolas, riendo y llorando con ustedes.

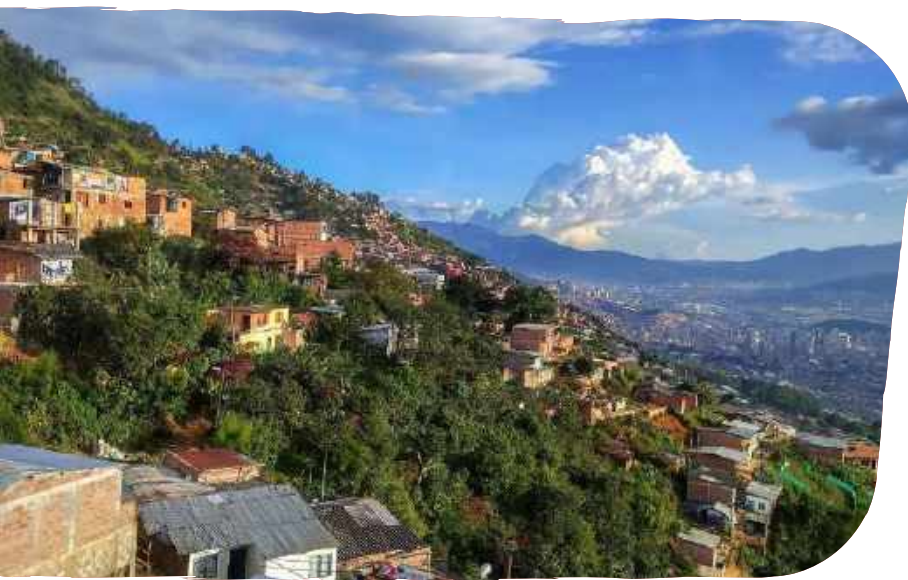
LA HUIDA

Victoria Helena Rios

Era un barrio sin acueducto, con calles sin pavimentar y las casas no tenían sus fachadas pintadas, todas eran resultado de una invasión durante una década de alta violencia. En una de esas casas construidas con sobras de otras construcciones, tablas, materiales añadidos al azar, vivía la familia Ramírez que se levantaba día a día para obtener su comida, los niños solo a veces probaban algo de bocado, más que todo con ayuda de sus vecinos o porque rebuscaban en la basura cuando se atrevían a bajar hasta el pueblo y mirar las sobras de los restaurantes.

Los niños solo podían ir a la escuela de vez en cuando, la cual quedaba a una hora caminando entre brechas, ríos y caminos creados por las mulas del pueblo.





Juanito era el hijo mayor de la familia, que con tan solo 9 años era el hombre de la casa pues su padre los había abandonado una tarde, luego de decir que saldría a traer la leche, pero no volvió. Al menos esa era la historia que contaba la abuela.

Clara y sus hijos se habían quedado junto con la abuela en su casa, solo con su vida, la esperanza de poder sacar adelante a sus hijos y un techo que los albergaba para dormir.

Ya habían pasado dos años de ausencia de don Javier, parecía un día normal pero ese día comenzó a llover a cantaros y las goteras comenzaron a salir. Taparon los dos colchones con bolsas plásticas y los colocaron en forma vertical para que no se mojaran, mientras llovía todos se quedaron en lo que llamaban sala, en un viejo sofá donde se sentaron todos, abrazados y con la ilusión que escamparía rápido. Sin embargo, en plena lluvia, alguien tocó a su puerta.

–Doña Clara, doña Clara–. Era una voz desconocida de un hombre, con tono algo asustador.

–No abras –dijo la abuela.

Pero Clara, pensó en que tumbaría la puerta y no podrían resistir en esas condiciones. Y preguntó:

–¿Quién es?

La persona al otro lado le dijo que había aparecido Javier.

La abuela, quiso levantarse rápidamente para abrir la puerta, pero Clara se lo impidió y le hizo señas de no hacerlo.

–No le abriremos a un desconocido, si apareció entonces que venga –concluyó Clara. Ella era una joven mujer de tan solo 21 años y no había terminado su bachillerato por dedicarse a su hogar.

Comenzó a recordar que Javier y ella se habían conocido un día bajo la lluvia y que en esos momentos solo les producía risas, diversión y tan solo les bastaba estar juntos para ser felices.

Estar ahora sola con tantas responsabilidades la habían dejado como una mujer más fuerte, aunque indefensa en su pobreza.

Clara, quien se había dedicado a cuidar niños ajenos, coser ropa, ayudar a alguna vecina a vender empanadas o al aseo de alguna casa, tenía miedo de enfrentarse a la verdad.

Paro de llover y también dejaron de tocar la puerta.

Organizaron los pocos enseres que tenían y vaciaron los envases donde estaban conteniendo el agua de las goteras.

El niño mayor, le preguntó a su madre:

–¿Qué pasó con papá? Por qué no dejaste que la abuela abriera la puerta y nos contaran de nuestro padre? Yo quiero saber. Y salió de la casa y cerro la puerta con tanta fuerza que el adorno que tenían de la última navidad, se cayó al piso.

–Espera hijo, no te vayas, es peligroso, por favor, ¡regresa!

Pero no pudo detenerlo. Le dio la bendición y entró a la casa a cuidar a los demás.

Clara ya no tenía ganas de llorar más, realmente no podía hacer nada. Se fue al lado de una imagen de la virgen y oró pidiéndole lo protegiera.

La abuela, tomo su escapulario, cerro los ojos y comenzó a hacer el rosario para pedir por el esposo de su hija. No entendía, pero respetaba lo que hacia Clara, al fin y al cabo aún estaban vivos, gracias a la prudencia de la chica.

Al finalizar la noche, apareció Juanito diciendo:

–No encontré nada –estaba muy cansado, organizaron los colchones en su sitio y se echaron a dormir sin comer.

Pasaron varias horas, estaban dando vueltas en la cama cuando escucharon ruidos en la parte de atrás de la casa, en ese momento, tanto la mama y el hijo mayor se dieron cuenta de la situación y se levantaron sigilosamente para investigar. Escucharon que alguien corría y se alejaban del lugar.

Volvieron a acostarse, pero esta vez con más miedo que antes.

A la madrugada, Clara salió de su casa y reviso la parte de atrás. Justo lo que temía, estaba marcada con una cruz roja. Esa señal era suficiente para entender que tenía que irse del barrio. Le pidió a los niños y a su madre que empacaran para irse, pero la mamá dijo que ella no tenía energías para irse a otro lado, que mejor se fueran ellos que aún estaban jóvenes, Clara no quería, pero sabia dentro de sí que era lo mejor.

Terminaron de organizar sus cosas y se fueron sin la abuela y sin rumbo fijo, solo habían tomado un agua de panela y un pedazo de pan. Comenzaron a caminar hacia el pueblo, a una hora de camino.

Juanito, comenzó a preguntarle a la mamá:

–¿Mamá que pasa? ¿Por qué debemos abandonar a la abuela en la casa? ¿Para dónde vamos? ¿Qué haremos? mejor regresamos y buscamos a papá, tal vez el hombre que vino ayer podrá ayudarnos.

Clara lo mira con cariño, lo abraza y le dice:

–Hijo Javier no podrá regresar a casa, está en prisión.

–Mamá, no entiendo, ¿qué hace papá allá?

–Hijo, ya estas grande para entender y te contaré: Tu padre mató a un hombre por defendernos, si no lo hubiera hecho tu estarías en la guerrilla, lo de ayer sólo fue un aviso, por eso debemos huir de aquí.

–Y a quien mató –extrañado y alarmado Juanito, aun sin comprenderlo pregunta de nuevo, ¿y dónde está mi papá?

La madre, afligida le dice, el hombre a quien mató era tu verdadero padre, él me había violado y te quería llevar para la guerrilla con él, pero Javier lo impidió y por eso debemos desaparecer..



MEJORANDO LA RAZA

• Detesto este pueblo y su maldita gente!, menos a mi madre y a mi amiga Sofía. Era su frase cada mañana al despertar creyendo que ese paisaje de pobreza sólo podía ser una maldición de la cual no era merecedora.



Marly Acuña Santoya

Totalmente desorientada y sin saber qué día era ni cuánto tiempo había pasado desde que salieron de sus casas. Dos años, ¿tal vez tres? En este lugar donde se confunde la noche con el día, llegas a extrañarlo todo; a los gallos cantando desde muy temprano marcando el inicio de labores a los jornaleros, los perros de la casa ladrando en la calle a cuanto burro, caballo o cerdo pasara por el frente, el calor infernal de las calles polvorientas, incluso a las chismosas de calle abajo.

La culpa le atormenta en todo momento, sobre todo en días como hoy cuando se cumplen dos meses del día en que volvió a nacer. Fueron amigas desde niñas. Incluso tenían la misma edad. El papá de Sofi la trajo a vivir hace diez años con su abuela quien vivía al lado. Le dicen “El Pillao”, se llama José María, al parecer la vecina le puso ese nombre pensando que sería santo. Pero no, bien dañado si le salió. Era sorprendido en cada atraco y de allí su remoquete.

Cuentan las malas lenguas que le daba muy mala vida a la mamá de Sofía y que ella, cansada de su violencia y malas compañías se vio en la necesidad de aceptar un trabajo de interna como empleada de oficios varios en un lujoso hotel dejando a Sofía y su hermano menor

en casa de la abuela materna, cosa que no le agradó ni un poquito al Pillao. El orgullo de macho no le permitía entender que una madre es capaz incluso de asumir el enorme sacrificio de separarse de sus hijos si con ello puede suplir en parte, sus necesidades básicas.

De vez en cuando, Sofía viajaba a la ciudad con su madre, pero como ella pasaba trabajando la llevaba al hotel. Era una de las empleadas más antiguas y había logrado ganarse la confianza de sus jefes quienes conocían algunos detalles de su vida y le habían tomado mucho cariño. Cada fin de año, ella llegaba con juguetes y ropa que le daban en el trabajo de su mamá. Gracias a ello siempre vestía de marca y hasta sus juguetes eran muy costosos, parecía hija de ricachones.

Ya siendo una adolescente de 14 años y aun cuando llevaba al menos 10 de ellos en el pueblo, se había convertido en una chica muy bella, bien vestida y de buenos modales. Sin duda la más bella del pueblo, demasiado bella como para resignarse a vivir allí.

Un día, mientras hablaban en su habitación probándose ropa que le había regalado una pareja de turistas, le comentó:

–Ami, mi primo Daniel, el hijo de tío Carmelo me dijo que te quería conocer. Creo que le gustas.

–Normal, querida. ¿A quién no le voy a gustar?

Respondió con arrogancia mientras contemplaba sus curvas en el espejo y levantaba su cabellera crespa.

–Obvio, amiga.

Respondió tratando de convencerla.

–Sabes que como mi tío tiene el contrato con esa empresa de leche, le va bien. Por eso mi primo siempre tiene platica y hasta caballos paso fino. ¿Qué tal si salimos con él a dar una vuelta?

La carcajada que soltó se escuchó tres cuerdas a la redonda.

–Pues bien, por el dinero, pero ¿de qué hablamos?, ya me conoces, amiga. No quiero que ni él ni nadie aquí se haga ilusiones conmigo. No voy a seguir el ejemplo de mami. “Tengo que mejorar la raza” como dice mi abuela. Es más, te tengo una propuesta.

Tomó su mano, sin soltarla se acercó a la puerta a verificar si no había alguien escuchando y cerciorándose de que estaban solas, le puso seguro y la sentó en la cama para conversar más cómodas.

–Quiero que conozcas a mis amigos, es gente que sí vale la pena.

Aquella certeza dicha por su mejor amiga era irrefutable vista desde el reducido espacio social que tenía una adolescente de pueblo.

El rostro de Sofía reflejaba la alegría de quien gana el premio mayor de la lotería.

El tema de conversación en casa de la abuela por meses había sido el próximo cumpleaños de mi amiga. La ilusión de celebrar las 15 primaveras de la chica más linda del pueblo era el tema en cada esquina.

Su abuela y su madre habían estado haciendo ahorros para celebrarlo, incluso el Pillao ya le tenía un anillo.

Le comentó que quienes le habían regalado la ropa que se estaba midiendo eran personas muy adineradas con propiedades en una isla

cercana, la conocían desde pequeña, también que apreciaban mucho a su mamá y que como regalo de sus 15 años habían propuesto hacer la fiesta en un salón de eventos, cosa que le agradó muchísimo. Sobre todo, porque no soportaba la idea de tener que bailar su vals con los corronchos del pueblo.

La madre de Sofía había aceptado y solo faltaba convencer a su abuela. Aquello sería una fiesta privada con pocos invitados.

Ante la mucha insistencia de Sofía, la abuela aceptó la propuesta y la fiesta de quince fue algo inolvidable, la envidia de todos los que querían estar y solo pudieron saber los detalles desde las redes sociales.

Siendo su mejor amiga, fue invitada a la fiesta. Ella misma la ayudó a escoger un vestido digno del lugar.

Ese día, quedó muy sorprendida al conocer a quienes serán los patrocinadores de tan elegante fiesta. Los había imaginado diferentes. Eran personas blancas. Vestidos con ropa tan sencilla como su forma de tratar. Ella había prometido presentarla advirtiéndole que tratara de hablar poco. Ellos, sin embargo, se mostraron muy amables y gran parte de la noche se dedicaron a saber más de su vida y hasta de sus anhelos.

Desafortunadamente aquello duró poco porque ellos viajaban muy temprano al siguiente día y en esos sitios no se fabrican borrachos mucho menos si son de pueblo. Así que al día siguiente continuó la celebración en casa de la abuela con sancocho de gallina criolla.

Desde entonces, casi a diario y sin que nadie más supiera Sofía se comunicaba con la mencionada pareja. Algunas veces su amiga estaba con ella.

La señora tenía muy buen gusto. Las asesoraba para vestirse y peinarse, incluso como caminar y mirar mientras conversaban con otros. Todo lo que debía saber una mujer triunfadora para alcanzar sus metas.

Aprendieron también a identificar su mejor ángulo fotográfico y a sacar excelentes fotos desde un celular carísimo que le regalaron a Sofía. Por supuesto ella no podía decir eso y para tenerlo sin problemas, le dijo a su abuela que era un regalo de la mamá y a la madre que su papá se lo había encontrado.

Quería ser como ella, casi se había convertido en su versión genérica. Con facciones más toscas y al menos tres manos más de pintura negra en la piel. Nada que no se pudiera disimular con maquillaje y la ropa adecuada.

Un día caluroso, salieron a trotar muy temprano. era algo que hacían siempre de lunes a sábado desde las 5:00 de la madrugada. Tomaron la ruta de salida del pueblo llegando a la vía principal. Era sábado y no había prisa por ir al colegio, así que se sentaron en una banca que los labriegos habían hecho allí con un pedazo de tronco. Vieron pasar varios autos y mientras soñaban con ser dueñas de alguno de ellos, una camioneta paró a preguntar por una finca cercana. No habían terminado de responder cuando llegó otra de la que bajaron hombres muy altos y musculosos que las tomaron a la fuerza y antes de que pudieran escuchar sus gritos, se fueron desvaneciendo mientras Sofía le decía:

–Lo siento amiga, todo va a estar mejor.

Perdió la noción del tiempo. Despertó en una habitación extraña. Sus paredes, techo y suelo eran metálicos. No tenía puertas ni ventanas. Era como estar en un ascensor con una cama, una nevera con frutas, agua y frutos secos.

Gritaba, lloraba, intentaba recordar detalles de lo sucedido. Dio tiempo para todo allí.

Después de varios días el olor de su propio vomito, mierda y orina era insoportable. Cuando el agua y la comida empezaba a escasear, sintió que la cambiaron de lugar con una máquina. Pudo percibir un olor extraño y no supe más de sí.

Despertó en un sitio lujoso, rodeada de personas que hablaban en un idioma diferente.

–¿Dónde estoy?, ¡mi amiga!, ¿Dónde está Sofía?

Parecían no escuchar, hablaban entre ellos mientras veían de forma morbosa su cuerpo desnudo que no alcanzaban a cubrir sus pequeñas manos.

Durante varios días entraba una mujer a dejarle ropa y comida. Era golpeada si no quería comer. Poco a poco entendió que la única manera de no ser golpeada sería cooperando.

Allí llegó un médico que le tocó hasta el alma. Fue obligada a tomar pastillas diarias y al poco tiempo fue vestida y maquillada por un par de señoras.

Era el momento de salir por primera vez. el relato de aquello era desgarrador:

–Fui llevada a un lugar donde un viejo asqueroso estando bajo los efectos de alguna droga, me puso a bailar para él. Enfurecido por mis torpes movimientos me golpeó hasta casi matarme y remató de manera cruel arrebatando el sueño romántico de mi primera vez. En re-

compensa, fui llevada a una habitación donde había al menos otras 12 chicas de mi edad y con nacionalidades diferentes en condiciones similares, custodiadas por supuesto, por varios hombres y una mujer.

Después de una semana de recuperación pudo levantarse de la cama. La vieron recuperada y lista para pagar todo lo que habían invertido en ella, que al parecer fue mucho.

Enfurecidos porque sus cicatrices afectaban significativamente el valor de sus servicios, le tocaba diariamente cumplir una cuota mínima de 10 clientes y si no la cumplía, acumulaba para el día siguiente. En algún momento fueron 14.

Indagaba con sus compañeras de cuarto por su amiga Sofía. Alguien le contó que supo de una chica con sus características, que era una de las preferidas por los dueños del negocio.

El día de la redada, había tenido un buen cliente. Pidió que se vistiera como colegiala y así lo hizo. Era fiesta de Halloween así que todas estaban disfrazadas para el evento del día. Aquello sería una orgía a la que asistieron grandes personalidades.

Era un cliente que asistía con frecuencia. Muy adinerado y hasta gentil. Llegó a tomarle cariño. Ese día llegó temprano y con muchos deseos. La ubicó en la barra tomando la acostumbrada agua amarilla para simular whisky y después de un par de tragos fueron a la pieza.

Le ordenó quitarme ese disfraz y vestirse con ropa de hombre. Era una rara fantasía que la dejó pensativa mientras rápidamente cambiaba de ropa y lavaba su cara para retirar todo el maquillaje. Esto le tomó algún tiempo mientras lo sentía caminar algo inquieto.

De repente escuchó disparos, muchas patrullas, gente que gritaba y corría por todos lados. Casi que al instante derribaron la puerta de la habitación. Se habían tomado el lugar personas vestidas de negro fuertemente armadas y con sus rostros cubiertos por pasamontañas. Al salir del baño, solo estaban estas personas y su cliente había desaparecido.

Todo ocurrió muy rápido, mientras salía del lugar con el rostro cubierto con un pasamontañas, vio como sacaban en una camilla a una chica disfrazada de Marilyn Monroe gravemente herida. Su rostro me parecía conocido. Quiso gritar, correr a abrazarla. Preguntarle tantas cosas...pero ya sería en vano. Sus ojos llenos de lágrimas se cerraron mientras sus labios llenos de sangre decían la misma frase que le dijo la última vez a la salida del pueblo. – lo siento, amiga. Todo va a estar mejor.

Hoy, frente a su fotografía, rodeada de amigos, familiares y todo lo que aborrecimos desde niñas, pido perdón y doy gracias a la vida por la oportunidad de volver al único sitio desde donde quiero mejorar mi raza.

LA SORPRESA

Juana estaba en la cocina de su casa preparándose un café del recuerdo como ella lo llamaba y es que cada vez que ella preparaba su café la transportaba en aquella época cuando visitaba a su abuelita en la finca y el delicioso aroma del café recién colado le anunciaba que la mañana estaba lista para comenzar, se escuchaba ya el ajetrete en la cocina y el molino se empezaba a moverse, jummm. Aquella época de sus entrañas cada, con cada recuerdo que le evocaba aquel olor del café, aquel café tan especial que mandaba la abuela Eloísa.



*Maira Elena
Palacios Montaña*

Juana estaba esperando a su prima Clara, que venía a pasar una temporada con ella en casa. Hace mucho tiempo no la veía y añoraba poder abrazarla y conversar un poco, ponerse al día de todo lo que les había pasado. El timbre suena y Juana corre a la puerta su prima había llegado, abre la puerta y saluda a su prima muy emocionada, de verdad estaba feliz, Clara y Juana empiezan a conversar de muchas cosas que les había pasado al cabo de un tiempo deciden ir al centro comercial a realizar comprar y comer algo.

Juana y Clara regresan a casa y entre copas y risas ponen el cuaderno al día. Y sin darse cuenta, ambas se quedan dormidas. Pasaron los días y todo transcurría en normalidad; pero un día Juana empezó a notar cosas extrañas en casa, Juana nota que algo faltaba, una fotografía que tenía en la mesa pero no le prestó mayor atención, la habré

cambiado de sitio, pensó, y no le dio mayor importancia. Pasaron los días y siguieron pasando muchas cosas más. Le empezó a faltar el dinero de su cartera, ella tenía una colección de vajillas y faltaban algunas piezas, por lo que le pregunto a su prima Clata que si las había tomado y ella le dijo que no, que sabía cuán importante eran para ella, por eso no las tocaba por temor a que se le quebraran. Juana estaba muy molesta y se fue a trabajar, pero las cosas empeoraron cada día y la convivencia empezó a hacer un poco más incomoda.

Juana no podía creer que su prima fuera tan descarada, solo vivían ellas dos y nunca se había perdido nada en su casa. Cómo era posible, a pesar de todo ella quería arreglar las cosas, quería que su prima le dijera qué estaba pasando; así que la invito a la fiesta de una amiga que vivía muy cerca de su casa. Se fueron a la fiesta y pasaron súper a las 3 de la mañana regresaron a casa. A la mañana siguiente, cuando Juana se despertó, su prima ya le había hecho el desayuno y había arreglado un poco la casa. Juana le preguntó que dónde había puesto el jarrón y las porcelanas y sus collares que tenía en la sala, ella le dice que no sabía de qué le estaba hablando, que no tomó nada, que solo arregló la casa y no había nada de eso lo que Juana le hablaba y menos cambió algo de lugar.

Juana se queda un poco pensativa y perturbada, hacía demasiados días se venían perdiendo cosas, por lo cual tuvo una pequeña discusión con Clara. Ella se sintió muy mal por las acusaciones de su prima y insistía en no haber tomado nada de casa; pero cómo y con qué ardor le reclamaba Juana, porque solo vivían las dos, le decía. Algo estaba pasando, tú me conoces, dijo, no sería capaz, Juana se sentía muy molesta pero también se sentía un poco dudosa. Estaba dispuesta a pedirle a Clara que se fuera de su casa. No podía ser posible que abusara de su confianza.

Será que Clara tomó mis cosas, pensó por un momento, porque tiene algún problema y no me ha querido decir, pero tantas cosas no podrían desaparecer porque sí. Solo vivían ellas dos, ¿como era posible? Juana estaba decidida a que Clara se fuera de casa pero quería tener las pruebas suficientes, ya que ella decía no haber tomado las cosas que se perdían y un fantasma en la casa no había.

Llamó a un amigo para que, mientras ella salía con su prima, para que instalará algunas cámaras para ver qué estaba pasando. Efectivamente, así se hizo y después de más de una semana desapareciéndose otras cosas y ahora por fin sabrían quién robaba. Estaba segura que era su prima, las cámaras registraba a una mujer y que, cuando Juana dormía, caminaba por toda la casa, buscaba en diferentes lugares y salía con objetos Juana estaba, sorprendida, se sentía un poco asustada, su corazón se aceleraba y lloró un poco, no lo podía creer.

Todo lo que estaba mirando no lo podía creer, se sentía un poco perturbada. Miró el vídeo en repetidas ocasiones, no sabía en qué momento había pasado todo eso, ¿cómo era posible que ella no se diera cuenta? Sería eso posible, caminar, sacar cosas, llevarlas a otro lugar y no darse cuenta no acordarse cómo. Pues eso era lo que estaba pasando, Juana se levantaba después que se acostaban y empezaba a buscar cosas en la casa y las guardaba en un cuartico de San Alejo que tenía en casa. Sí, era ella la persona que robaba, porque era sonámbula, y no lo sabía. Todas las cosas perdidas estaban guardadas en el cuarto de Sam Alejo.

MUJERES NUESTRO TERRITORIO, NUESTRA HISTORIA

Selección de textos de ficción escritos por las
participantes del Diplomado en Escritura Creativa

